

EN BOCA CERRADA NO ENTRAN MOSCAS

En Punta Lara hay un rincón de la selva -el que corresponde a Villa Elisa- que se llama Boca Cerrada. Allí crecen lirios amarillos, camalotes que viajan desde el Iguazú buscando orillas, sauces, hortensias, ceibos. Vuelan mariposas de todos los colores. Alguaciles. Mosquitos.

Pero lo que los científicos del Museo de Ciencias Naturales de La Plata no pueden explicarse es por qué allí no entran moscas.

Una de las teorías es que la sudestada las desalienta y los basurales platenses, a escasos kilómetros, las atraen mucho más.

Otra dice que los pescadores las utilizarían como carnada y ellas ya están avisadas desde antiguas generaciones y por eso no entran.

La tesis de la doctora Briasco, entomóloga de reconocido prestigio, es que si bien el río ha traído a la costa más de un muerto, anclándolo en ese rincón, las moscas habrían desechado el cadavérico alimento, en repudio a esa costumbre humana - que ellas no pueden comprender- de autoeliminarse.

Para colmo, su prehistórica rutina de volar con desenfreno y sin pudores las inhibe de entender la cobardía, por lo que consideran a los seres humanos criaturas extrañas que complican al río en sus traiciones. Precavidas, toman prudente y geográfica distancia.

El agua, que parece coincidir con ellas, devuelve a la costa, inevitablemente, la muerte que no le pertenece.

Claudia Bernazza
Berazategui, 1992.